

Examinamos rápidamente los impresos que sobre la mesa están dispuestos para el inmediato uso: unas tarjetas (dos modelos, en distinto color), para el nombre y el número del enfermo. En una de ellas, el claro para primera y segunda visitas, en consecuencia con lo que se me afirma respecto al número de toques pituitarios a que el método suele llegar. Tiradas en multicopista hay un montón de circulares con el siguiente texto: «Clínica del doctor Asuero, Hotel del Príncipe, San Sebastián. Muy señor mío. Pida turno dentro de veinte días. Atentamente le saluda»,

\* \* \*

El Dr. Asuero pasa su consulta en dicho hotel, que no tiene ni una sola habitación vacía.

El comedor del establecimiento funciona para todo el mundo a regular precio. Desde luego, los enfermos que se intervienen han de «hospitalizarse» previamente en el hotel. Según se nos afirma, de esta regla no se ha escapado ni siquiera un enfermo dueño de un gran hotel en la misma capital.

En torno a Asuero hay unos cuantos amigos y admiradores muy conocidos en el Aero Club de San Sebastián que bullen por el hotel haciendo públicas manifestaciones de agradecimiento a Asuero por las curaciones que de sus dolencias ellos obtuvieron. Los periodistas son acogidos amablemente. El cuartel general de los reporteros está, naturalmente, en el hotel, foco de las noticias.

#### HABLANDO CON LOS AYUDANTES DE ASUERO

Charlamos unos instantes con Tamés en tanto llega Asuero. Tamés nos explica el enorme trabajo que sobre ellos gravita desde hace dos meses, los formidables compromisos que se les suscitan por la lluvia de recomendaciones de mayor peso, etc. Charlamos ampliamente de todo. De todo lo burocrático de la clínica. En cuanto al aspecto científico de la cuestión, Tamés sabe detenerme hábilmente en el pórtico, sin duda respetuoso con alguna consigna. Tamés lo mismo que Aramburo, el segundo ayudante de Asuero, se nos muestra como un hombre atento, cordial, reservado en sus juicios.

#### LLEGA ASUERO

Son las ocho y media cuando Asuero entra en el cuarto donde le aguardamos. Pasa por él como un relámpago, estrechando mi mano, muy risueño y animoso. Gritando. Asuero es un señor que grita con una facilidad maravillosa. Es un carácter explosivo en efusiones que no rima con los tonos suaves. Grita, unas veces afectuoso, otras enojado o semienojado. Pero grita. Esto, al menos, en los días que yo le he observado, y, por lo que todos dicen, es propio de él. Sobre su aspecto, sobre el dibujo de su persona, nada he de decir. Sus incondicionales ya han hecho famosa su historia, tan popular en San Sebastián, como puede tenerla un hombre a quien todos conocen por el apodo de «Pistón», ostentado jaraneramente por él mismo. A mí, personalmente, me parece Asuero un individuo extraordinariamente simpático, con ingenio suficiente, no ya para sugerir globalmente a un país, sino para encantar al mundo entero.